

DOMINGO DE PENTECOSTÉS (A) ¡ESPÍRITU SANTO!

Ven, ilumina nuestros sentidos, infunde tu amor en nuestros corazones. Ven, dulce huésped del alma.

Llegamos al final del tiempo pascual de este especialísimo 2020. Cincuenta días, y eso significa “pentecostés”, después de haber celebrado la Pascua de Jesús, su muerte y resurrección, nos reúne una fiesta muy hermosa: la venida del Espíritu Santo. Pentecostés era una fiesta judía que tardíamente se introduce en el siglo II antes de Cristo y justamente se celebraba cincuenta días después de la pascua judía. Coincidió con la Fiesta de la Cosecha que era “un día de acción de gracias que, después de las “siete semanas” que solía durar la recolección, se ofrecían los “primeros frutos” de la tierra, llamada también “Fiesta de las Semanas”. Era la ocasión de una peregrinación a Jerusalén, eco y coronación de la peregrinación pascual. Más tarde, se le dio el sentido de recuerdo anual de la alianza en el Sinaí en que Dios entregó la Ley a Moisés. Pero la fiesta cristiana de Pentecostés se refiere al momento en que los apóstoles reciben el don escatológico del Espíritu Santo que inaugura el tiempo de la Iglesia. Es interesante distinguir las realidades que están vinculadas con la palabra “espíritu” que en griego se dice pneuma y en hebreo ruah, ambas palabras significan, en sentido original, viento o soplo. El primer sentido de “espíritu” es el aliento o soplo respiratorio del hombre, signo de su vida, proviene de Dios y a Dios vuelve cuando el hombre expira. Con frecuencia la precariedad de la vida humana se expresa en el bíblico “polvo eres y en polvo te convertirás”. El soplo o aliento señala el límite y pequeñez del ser humano, a pesar de sus delirios de grandeza y poder con que muchas veces tapa su finitud y límite. Es famoso el consejo de los sabios y santos: “Piensa en tu fin y no pecarás”, es decir, en el día en que deje de entrar y salir el soplo que sostiene la efímera condición humana terrena. Dependemos de un soplo y somos un soplo de vida. Un segundo sentido de “espíritu” junto al de “alma” designa a la misma persona en su más secreta intimidad o en su totalidad y se lo distingue de lo que es visible, “el cuerpo”. Todo hombre es “espíritu”, es decir, tiene un aspecto interior distinto de su aspecto más exterior, su cuerpo, independiente que sea creyente o no. Esta dimensión lo distingue claramente de los demás seres creados. Muchos no reconocen esta dimensión de su persona e incluso pueden llegar a negarla, sin embargo, siempre está aunque no desarrollada o manifiesta. El espíritu del creyente como ser humano común y corriente está habitado por el Espíritu de Dios que se une a nuestro espíritu humano para suscitar el grito de la oración filial, para unirlo al Señor y formar con él un solo espíritu. Así el hombre queda renovado en todo su ser, en toda su persona. Y el Espíritu Santo derrama “el amor en los corazones”, ora en nosotros, consuela, fortalece, ilumina, alivia, guía, conduce, inspira, ilumina, santifica, da testimonio de Cristo, discierne, etc. Es un artículo de la fe católica que dice: “Creo en el Espíritu Santo” que es la tercera persona de la Santísima Trinidad, que procede del Padre y del Hijo, “que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria y es “enviado a nuestros corazones”, a fin de que recibamos la nueva vida de hijos de Dios” (CIC 136). La venida del Espíritu Santo es la venida del maestro interior que nos

enseñará todo lo que Jesús, el Hijo del Padre, nos ha enseñado. Él enciende el amor divino en nosotros y hace posible la vida cristiana como testimonio de la vida nueva del Resucitado.

PALABRA DE VIDA

Hch 2, 1-11	Todos quedaron llenos del Espíritu Santo
Sal 103, 1.24.29-31.34	Señor, envía tu Espíritu y renueva la faz de la tierra
1Cor 12, 3-7.12-13	En cada uno, el Espíritu se manifiesta para el bien común
Jn 20, 19-23	Sopló sobre ellos y les dijo: “Reciban el Espíritu Santo”

La Solemnidad de Pentecostés tiene un sabor de vida y de renovada alegría. Y no es para menos si se trata de celebrar la Venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, es decir, sobre la Iglesia. A los cincuenta días de la resurrección de Jesús, estamos cerrando el especial tiempo pascual 2020 en medio de la terrible pandemia mundial del covid-19. Con toda razón, Pentecostés es llamada “Pascua granada” porque se trata de la Pascua madura que produce uno de los más sabrosos frutos como es el envío del Espíritu Santo. De esto nos hablará el Señor a través de su Palabra que nos propone la profundidad y riqueza que significa la presencia y acción del Espíritu Santo en la comunidad y en cada creyente. Desgraciadamente muchas veces lo olvidamos pero esta celebración nos ayudará a ponernos nuevamente en sintonía con el Espíritu de Dios.

Del Libro de los Hechos de los Apóstoles 2, 1-11

En esta lectura de hoy, San Lucas relata el hecho más importante de su segundo libro, el de los Hechos de los Apóstoles: Pentecostés o venida del Espíritu Santo. Pero, sobre todo, su sentido más hondo como es el nacimiento de la Iglesia. El relato que nos ofrece no puede ser comprendido aisladamente; es indispensable asumir como dato esencial que San Lucas quiere transmitirnos: que el Espíritu Santo que Jesús nos prometió estaba actuando en y por las comunidades cristianas. Esto era tan evidente que la gente que oía su testimonio se convertía al Evangelio. A pesar de las violentas persecuciones, la fe se sostenía y era confirmada su decisión de seguir anunciando la Buena Nueva. La gente veía que estaba surgiendo un nuevo modo de hacer comunidad de hombres y mujeres, que compartían la fraternidad, la oración y la solidaridad en el día a día. Era el Espíritu Santo que estaba haciendo todas las cosas en estas comunidades cristianas. Es la vida real el escenario real de la acción del Espíritu Santo.

El relato de Hechos 2, 1-11 nos cuenta esta maravilla que está aconteciendo en las comunidades cristianas. A Lucas no le interesa una crónica, el cómo y el dónde de la venida del Espíritu Santo. Va más allá de las circunstancias y nos ayuda a descubrir el sentido, el alcance y las consecuencias de esa venida para las comunidades y para el mundo entero. San Lucas construye un relato fenomenal. No sólo narra un hecho del pasado como la primera venida del Espíritu Santo sino que nos ofrece un modelo que nos ayuda a comprender e interpretar lo que el Espíritu Santo hace en las personas y en las comunidades cristianas de todos los tiempos y lugares. El relato se

ubica en relación con la fiesta de las primicias de la tierra, cuyo primer fruto es el Espíritu Santo haciendo maravillas en creyentes y comunidades. Si la escena comienza al interior de la casa donde estaban reunidos, se abre esplendorosa a campo abierto y abraza a la muchedumbre multifacética que se había congregado en Jerusalén. Y los fenómenos del viento huracanado, las lenguas de fuego son imágenes clásicas para describir las intervenciones de Dios. El resultado es que todos entienden en una misma lengua. El fondo es el relato de la torre de Babel donde hubo confusión y dispersión. Aquí, gracias al Espíritu Santo, hay reunión, unidad y comprensión. El relato que nos ofrece san Lucas tiene como trasfondo las teofanías del Sinaí, en el Antiguo Testamento. Viento impetuoso, terremoto, lenguas de fuego son elementos de la naturaleza que sirven para ayudar a comprender la manifestación de Dios y su poder. Las imágenes empleadas tienen la fuerza creativa de ayudarnos a hacernos una idea del poder transformador único del Espíritu Santo. Así comprendemos que el Espíritu Santo es vitalidad, energía, aliento, vida, fuerza que transforma e impulsa el testimonio y la misión de la Iglesia. ¿Qué signos hay hoy en nuestra Iglesia, en nuestra comunidad, que nos hablan de la acción presente del Espíritu Santo? ¿De qué manera el Espíritu Santo está actuando en la historia de nuestros días? ¿Cuáles son los frutos del Espíritu Santo en el tiempo presente? ¿Cómo se manifiesta el poder del Espíritu Santo en medio de esta pandemia, en qué personas y grupos o comunidades?

Salmo 103, 1.24.29-31.34 es un bello y original himno que celebra la gloria de Dios en la creación. Dos rasgos son resaltados en Dios Creador: la gloria de su poder y su sabiduría, lo que queda de manifiesto hasta en los mínimos detalles del universo. ¡Qué variadas son tus obras, Señor! ¡Todo lo hiciste con sabiduría, la tierra está llena de tus criaturas! (v. 24) “Si envías tu aliento, son creados, y renuevas la superficie de la tierra” (v.30), expresa el sopro o aliento o espíritu de vida, que la tradición cristiana ha visto como una alusión al Espíritu Santo.

De la Primera Carta de San Pablo a los Corintios 12, 3-7.12-13

Rivalidades, celos y rencillas nunca nos faltan. Es el pan de cada día. En el caso de los cristianos de Corinto, no era muy distinto pero la razón de esto era la diversidad de dones o carismas que habían recibido y que ejercitaban en la comunidad. No es malo ejercitar los dones recibidos, ponerlos al servicio de los demás. Eso es bueno y saludable siempre que descubramos que son dones y carismas que proceden del Espíritu Santo. Lo más sano y difícil es aceptar que en la Iglesia hay diversidad de dones espirituales, de ministerios o servicios y de actividades. Todos ellos nos remiten al mismo Espíritu Santo, al mismo Señor y al mismo Dios. En tan prodigiosa diversidad, San Pablo enuncia un principio fundamental: *“A cada uno se le da una manifestación del Espíritu para el bien común”* (v. 7). Entonces no se trata de esas cualidades naturales ni fruto del esfuerzo humano ni méritos o privilegios; son dones gratuitos y regalos de las tres divinas Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. No son para el uso y usufructo de quien los ha recibido sino siempre para el bien de toda la comunidad. Sirve para comprender mejor esto, la imagen del cuerpo que era muy frecuente para comprender la organización de la sociedad. San Pablo usa la imagen del cuerpo donde la unidad y la diversidad se corresponden mutuamente, para decir que

es lo que acontece con Cristo y su Iglesia. ¿He descubierto los dones que el Señor me ha regalado? ¿Cómo estoy poniendo esos dones o carismas al servicio del bien común? ¿Tengo conciencia y vivo el sentido y valor del bien común por sobre el bien particular? ¿Qué está primero en el plano del creyente? ¿Cuál es el criterio predominante en mis decisiones, mi bienestar, mis ideas, mis proyectos o el bien de todos? ¿Acaso en esta pandemia no está en juego el bien común, el sentido de comunidad y la responsabilidad personal ante el bien de todos?

Del evangelio según San Juan 20, 19-23

Algún autor llega a afirmar que el texto de Jn 20, 19-23, el evangelio de hoy, es el relato de “Pentecostés del cuarto evangelio”. Porque se habla claramente de la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles pero este acontecimiento no aparece situado temporalmente, cincuenta días después de la Pascua como leímos en Hechos 2, 1-11. Simplemente San Juan no establece un plazo de tiempo entre la Pascua y la Venida del Espíritu Santo como tampoco sitúa ésta en la fiesta de Pentecostés como lo hace San Lucas. A diferencia de los Hechos, Juan presenta todo como si hubiera acontecido en el mismo día de la resurrección. Bien vale la pena recordar que los evangelios no son crónicas sino representan perspectivas teológicas propias de cada evangelista. Y no hay que olvidar que los evangelios nacieron en el seno de comunidades cristianas cuyas preocupaciones han quedado de manifiesto en el texto escrito por un evangelista. San Juan no pretende narrar un hecho histórico y localizable en el tiempo sino de profundizar en un acontecimiento que se experimenta en la fe y sólo desde ahí tiene sentido. Es evidente que Juan quiere mostrar el nexo estrecho entre la resurrección de Jesús y la efusión del Espíritu como aspectos complementarios de una misma y única realidad. ¿Cómo lo hace para transmitirnos esta estrechísima y misteriosa unidad entre la resurrección y la efusión del Espíritu? No usa el simbolismo del viento impetuoso (ruah= viento en hebreo) o del fuego (lenguas de fuego) como en el relato de los Hechos, sino el mismo “aliento” vital del Resucitado que “sopla” sobre los Apóstoles, más en sintonía con el texto de Génesis 2,7: *“Entonces el Señor Dios modeló al hombre con arcilla del suelo, sopló en su nariz aliento de vida, y el hombre se convirtió en un ser vivo”*. Al respecto, dice Benedicto XVI: *“El hombre es esta criatura misteriosa, que proviene totalmente de la tierra, pero en la que se insufló el soplo de Dios. Jesús sopla sobre los Apóstoles y les da de modo nuevo, más grande, el soplo de Dios. En los hombres, a pesar de todos sus límites, hay ahora algo absolutamente nuevo, el soplo de Dios. La vida de Dios habita en nosotros. El soplo de su amor, de su verdad y de su bondad”*. El soplo de Jesús es el Espíritu Santo. Por lo tanto, este texto del evangelio de hoy, nos invita a vivir siempre en el espacio del soplo de Jesucristo, a recibir la vida de Él, de modo que Él inspire en nosotros la vida auténtica, la vida que ya ninguna muerte puede arrebatarnos.

Otro aspecto típico de San Juan es el vínculo entre la efusión del Espíritu Santo por el aliento del Resucitado, que es el mismo que padeció pasión y muerte, razón por la cual muestra las señales de sus manos y de su costado a los suyos, es el perdón de los pecados con lo cual la misión de los discípulos se presenta como una tarea de reconciliación universal. Así Jesús los hace

partícipes de su misma autoridad para perdonar o retener pecados, donándoles el Espíritu Santo prometido en el contexto de la última cena. La “neumatología joánica” es rica en la presentación de la acción del Espíritu Santo en medio de la comunidad eclesial. Desempeña un papel fundamental en la comunidad cristiana post pascual. Dice que el Espíritu Santo procede del Padre y es enviado a los creyentes por la intercesión de Jesús glorificado a la derecha del Padre. Recibe el nombre de Paráclito que significa “ayudante”, “protector”, “abogado”, “defensor”, “intercesor”.

Así como en la fiesta de Pentecostés el pueblo israelita recordaba y renovaba la alianza en el Sinaí entre Dios y el pueblo, que también nuestro Pentecostés nos ayude a renovar nuestra alianza sellada con los sacramentos del bautismo y de la eucaristía, y ambos, profundos momentos de consagración por el Espíritu Santo. El sacerdote no sólo extiende sus manos sobre las ofrendas de pan y vino sino también y principalmente sobre la asamblea que es la ofrenda viviente que Dios consagra para sí en cada eucaristía.

Nos hace mucho bien invocar al Espíritu Santo con frecuencia. Recordemos uno de los himnos clásicos. Puede ayudarnos a fortalecer, aquietar, sosegar, iluminar, pacificar, temperar nuestro espíritu en momentos de desaliento, duda, preocupación, sufrimiento, miedo, etc.

Ven Santo Espíritu

Ven, Espíritu divino// manda tu luz desde el cielo. // Padre amoroso del pobre, // don en tus dones espléndido, // luz que penetra las almas, // fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma, // descanso de nuestro esfuerzo, // tregua en el duro trabajo, // brisa en las horas de fuego, // gozo que enjuga las lágrimas// y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma, // divina luz, y enriquécenos.// Mira el vacío del hombre, // si tú le faltas por dentro; // mira el poder del pecado// cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía, // sana el corazón enfermo, // lava las manchas, // infunde calor de vida en el hielo, // doma al espíritu indómito, // guía al que tuerce el sendero.

*Reparte tus siete dones// según la fe de tus siervos; // por tu bondad y tu gracia, // da al esfuerzo su mérito; // salva al que busca salvarse// y danos tu gozo eterno. Amén
(Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, p. 221-222)*

Que el Señor le bendiga con la abundancia de los dones del Espíritu Santo.

Fraternalmente en Cristo y María de la Merced. Fr. Carlos A. Espinoza I. O. de M.